

Tienda y trastienda

JUAN Serrano, «Marica el Mono» — era un tipo especial de Alcázar — como lo fué la Isidra «La Sira» y «Macocas», velludos como Juan, gordos, vestidos con holgura y dados al tráfico comercial.

Juan llevaba unos pantalones de pana negra, enormemente anchos y una blusa del mismo color, como las alpargatas y la boína. La blusa le llegaba a las corvas y la boína bien encasquetada. Los ojos quedaban ocultos por unas cejas espesas y salientes que formaban una bisera de cerdas blanquecinas.

De joven iba a hacer sábado a las casas, por lo que se le llamó «Juan Marica». Empezó a llevar espárragos a Madrid, vió el Rastro e implantó aquí el negocio.

Su establecimiento de la calle de las Huertas, idéntico a muchos de las Américas madrileñas, era un local grande, sin más luz ni ventilación que la de la amplia puerta. La mercancía estaba formada por el desecho de todas partes; herrajes viejos, llaves sin cerradura, cerrajas sin muelle, almireces con cardenillo, capuchinas y candiles. «gatos» para cazar pájaros, trébedes, pistolones mohosos, quinqués y relojes descompuestos, una bigornia para enderezar clavos y un torno para sujetar las llaves y quitarles la herrumbre, amén de patas de cama, marcos sin estampa, cucharas y sartenes y mil cachivaches inservibles. Sin embargo, una vez coincidió con varias mujeres en la compra. Una era viuda y otra burlescamente le dijo:—«Anda Juan, bien te podías casar con esta». La aludida se engalló diciendo:—«A ver si te crees que me he quedado para eso». Juan, mohino, refunfuñó:—«Ni yo tampoco, que no me gustan los trastos de segunda mano».

El motivo de ser visitado por los chicos, era que vendía chupones, garbanzos, **alcagüetas** y castañas asadas, en su tiempo.

Tenía a gala su espíritu económico. Vivía solo. Se cocinaba él y nadie podrá decir que le viera desechar nada. Para Juan no había desperdicios. Para desayunar compraba una perra de «cachos» en la churrería. Si le sobraban los echaba en la comida y le estaban como «almondiguillas». Muchos de estos detalles son manifestación del propio interesado para corresponder a la segunda intención con que se le preguntaba y cuando decía que iba a almorzar una ensalada de tachuelas gordas, luego se preparaba una vinagreta que olía a gloria, según pudo apreciar la Juliana de «Pintafrailles», que vivía cerca.

No sabía leer ni escribir y hacía dibujos en la pared, mayores o menores y más o menos regulares, según las características de los deudores que tenía en su negocio.

Decía que los albañiles, a las doce, parece que les da la campana con el badajo en la cabeza y ya no pueden hacer nada. A las tres, parece que les dan con una vedija de lana y no la oyen. Si estaban echando cielo raso, les decía al irse: «tener cuidado, no os vayais a pinchar con las tachuelas que os hayan quedado en los bolsillos».

Decía que Cristóbal había sido el hombre más listo de Alcázar, por haber hecho un **abujero** en la **paor** por el que todo el mundo metía los cuartos.

Hizo dinero y lo prestaba con su cuenta y razón. A su muerte dejó un buen capital a sus familiares.

Otro caso de ambigüedad raro en Alcázar, fué el de «Antonia la Marica». Como Juan, Antonio Pacheco, conocido por «Antonia la Marica», era muy velludo, parecían osos, de los casos más acentuados de hirsutismo en la ciudad, y como él vestía de negro, pero su feminidad era más acentuada, manifiesta al andar, en los ademanes, en el habla y en la indumentaria, pues sobre el pantalón de pana llevaba siempre el mandil y en la cabeza el pañuelo a lo mujer.

Su medio de vida fué la asistencia a las casas, siendo tan limpio y trabajador como la primera mujer, por lo que era apreciado y solicitado.

Jamás dió lugar a sospechas por las que se le debiera repudiar, aunque su ambigüedad era manifiesta y cuando pasaba por entre los hombres y le decían algo, él, acaso no exento de complacencia y como ruborizado, solía decir femeninamente: «¡Ay, hija, qué poca vergüenza tienen en este pueblo los muchachos!».